



Fruto, plenitud y dones del Espíritu de Dios

Por Pepo Toledo

Fruto, llenura y dones del Espíritu de Dios

Por Pepo Toledo

www.pepotoledo.com

Dibujo de carátula por Pepo Toledo

18/04/25

Llenura del Espíritu de Dios

En el momento en que una persona cree y por fe acepta a Jesucristo como señor y salvador de su vida es bautizado en el Espíritu y se convierte en cristiano. En ese momento Dios le invita a “embriagarte” de su Espíritu, según *Efesios 5:18*: *Y no os embriaguéis de vino, en lo cual hay disolución; mas sed llenos del Espíritu.* Ser lleno del Espíritu es una condición permanente que comienza a desarrollarse con el bautismo en el Espíritu. Así como una persona ebria está controlada por el alcohol, el cristiano lleno del Espíritu está controlado por él, ayudándolo a luchar contra de su naturaleza pecaminosa.

Haber recibido el bautismo del Espíritu y tener la llenura del Espíritu se manifiestan de dos formas: La primera, llevando una vida de adoración y alabanza a Dios, tal y como lo dice *Marcos 12:30*. La segunda, reflejando un carácter semejante al de Cristo, lo cual nos lleva a la primera.

Recordemos que el Consolador vino para glorificar a Cristo.

El bautismo del Espíritu sucede una vez, al momento de la conversión (*1 Corintios 12:13*), pero la llenura es un proceso continuo. El verbo “sed llenos” en *Efesios 5:18* está en presente continuo en griego, lo que indica una acción constante, diaria.

Consecuencias prácticas: *Efesios 5:19-21* muestra los frutos inmediatos de una vida llena del Espíritu: alabanza, gratitud y sumisión. Estos tres elementos son la evidencia de un creyente controlado por el Espíritu.

De acuerdo a Tim Lahaye, ⁱ el temperamento es una combinación de características que heredamos al nacer. Afectan en forma subconsciente nuestro comportamiento para bien o para mal. El carácter es el resultado de nuestro temperamento modificado por nuestras creencias y principios (lo que somos). Es el alma de las personas, formada por su mente, emociones y voluntad.

La personalidad es lo que reflejamos. Puede coincidir o no con el carácter dependiendo de cuán genuina sea.

Usamos máscaras cuando queremos ocultar nuestro verdadero carácter.

Nos ponemos máscaras porque nos cansamos de ser nosotros mismos.

Esto sucede porque actuamos para ser aprobados y aceptados por los demás. La mayor parte del tiempo queremos ser otras personas. Otras veces queremos tener la destreza de los animales.

Hacemos de la vida un teatro. Tragedia, comedia, drama o farsa. No seas el actor de tu propia farsa. Haz de tu vida tu propia obra de teatro. Auténtica, no de ficción. Haz tú el guion de la mano de Dios. Haz de caso que cada día es el estreno y esmérate por que todo salga bien.

Los espectadores siempre estarán en el escenario para criticarte. Si te preocupa lo que digan o hagan terminarás siendo tu mayor crítico. Nunca te vas a gustar. El perfeccionismo inútil puede desilusionarte y acabar contigo.

2 Corintios 3:18 es un llamado a la autenticidad: *“Por tanto, nosotros todos, mirando a cara descubierta como en un*

espejo la gloria del Señor, somos transformados...” El rostro descubierto habla de la autenticidad espiritual y la transformación por el Espíritu.

Las comparaciones son la peor trampa del Diablo. Deja de pretender ser lo que no eres. Deja de actuar como que tienes lo que no tienes.

Tu felicidad no depende de la aprobación de los demás. Tampoco debes buscarla a costa de la infelicidad de otros. Ser feliz es una decisión tuya. Es estar contento con lo que tienes. Es agradecer a Dios por lo que te ha dado.

Se feliz siendo tú mismo. No escondas tus debilidades detrás de una máscara. Supéralas siendo auténtico.

Cada máscara tiene un monstruo que se come tu propia máscara para revelar lo que llevas adentro. ¿Estás listo?

Forjar tu carácter significa reconocer tus debilidades y convertirlas en fortalezas.

Para muchos cristianos ser lleno del Espíritu de Dios significa hablar en lenguas, desmayarse, llorar o reírse sin control. No encuentro sustento bíblico

para esta afirmación. Este versículo nos previene: *Jeremías 17:9. Engañoso es el corazón más que todas las cosas, y perverso; ¿quién lo conocerá?*

Ser lleno del Espíritu es llenarse de su fruto. No somos llenos del Espíritu porque lo sentimos. Es el resultado de seguir la palabra. Dios es emocional y nosotros también porque estamos hechos a su imagen y semejanza. Dios quiere que usemos nuestras emociones para alabarlo y adorarlo. Dios puede responderte llenándote de su Espíritu, con una sensación de gozo en tu interior. Pero eso no justifica que hagamos de nuestras emociones el centro de nuestra relación con él. Tampoco quiere decir que quien no siente esta sensación de gozo interior no está lleno del Espíritu. Dios no quiere que tus emociones controlen tu vida. Dios quiere que seamos controlados por su Espíritu y manifestemos el carácter de su hijo Jesucristo en cada cosa que hagamos y en cada paso que demos.

Fruto del Espíritu de Dios

En el *Antiguo Testamento*, Dios promete a su pueblo reunirlos de nuevo en la tierra prometida y poner su Espíritu dentro de ellos para que cumplan sus mandamientos. *Ezequiel 36:24-28*. *24 Y yo os tomaré de las gentes, y os juntaré de todas las tierras, y os traeré a vuestro país. 25 Y esparciré sobre vosotros agua limpia, y seréis limpiados de todas vuestras inmundicias; y de todos vuestros ídolos os limpiaré. 26 Y os daré corazón nuevo, y pondré espíritu nuevo dentro de vosotros; y quitaré de vuestra carne el corazón de piedra, y os daré corazón de carne. 27 Y pondré dentro de vosotros mi espíritu, y haré que andéis en mis mandamientos, y guardéis mis derechos, y los pongáis por obra. 28 Y habitaréis en la tierra que di a vuestros padres; y vosotros me seréis por pueblo, y yo seré a vosotros por Dios.*

En el *Nuevo Testamento*, recibimos al Espíritu de Dios en el momento de recibir a Jesucristo como señor y salvador de nuestras vidas. El Espíritu de Dios habita en los que creemos en Cristo (*Romanos 8:9-10*). Dios nos equipa de esta forma para parecernos a Jesús y ser merecedores de la salvación. La fórmula para hacerlo es ser llenos de las nueve manifestaciones

de su Espíritu. Para ello, debemos moldear nuestro carácter como un escultor lo hace con su obra.

Un solo fruto, muchas manifestaciones: En *Gálatas 5:22-23*, el término original es singular: “el fruto del Espíritu es...”, no “los frutos”. Eso indica que se trata de un solo fruto con múltiples manifestaciones, como los gajos de una naranja. Esto enfatiza la unidad del carácter cristiano.

El fruto no es instantáneo. *2 Pedro 1:5-8*, habla del crecimiento gradual en virtud, conocimiento, dominio propio, paciencia, etc. como una confirmación del fruto del Espíritu.

El fruto del Espíritu nos viene de estar llenos en el Espíritu. No es un don. Tampoco es un milagro. Es el proceso de crecimiento en la palabra de Dios. Mientras más llenura del Espíritu tenemos más tendremos de su fruto y más nos pareceremos a Jesús.

Los elementos clave son: la obediencia a la palabra de Dios, la permanencia en ella, morir a la carne, la unión con Cristo y manifestar su carácter.

Dios es amor y el fruto de su Espíritu es consecuencia del amor. Se da cuando morimos al pecado y la naturaleza de Dios se convierte en nuestra naturaleza.

La permanencia en Cristo es clave para el fruto. El Espíritu produce fruto en los que permanecen en Cristo y su Palabra (*Juan 15:5*).

El fruto madura especialmente en la prueba y la obediencia. *Romanos 5:3-5* nos muestra el papel del sufrimiento: “*Y no sólo esto, mas aun nos gloriamos en las tribulaciones, sabiendo que la tribulación produce paciencia; 4 Y la paciencia, prueba; y la prueba, esperanza...*”

Manifiestas son las obras de la carne (*Gálatas 5:19-21*). Mas las nueve manifestaciones del fruto del Espíritu de Dios son: Caridad (amor), gozo (alegría), paz (armonía), tolerancia (paciencia), amabilidad (benignidad), bondad, fe (fidelidad, lealtad), mansedumbre (humildad) y templanza (dominio propio), (*Gálatas 5:22-23*). Están disponibles libre y abundantemente para nosotros de la gloria de Jesucristo.

Filipenses 1:11 dice así: Llenos de frutos de justicia, que son por Jesucristo, a gloria y loor de Dios.

Si vivimos en el Espíritu, andemos también en el Espíritu. Lejos de toda vanidad, rivalidad y envidias (*Gálatas 5:25-26*). Solamente practicando estas virtudes podremos dominar nuestra naturaleza pecaminosa. Son la clave de la convivencia en armonía entre los seres humanos y entre ellos y Dios.

Efesios 5:9 lo resume así: Porque el fruto del Espíritu es en toda bondad, y justicia, y verdad.

Estos principios los debemos aplicar en nuestra vida personal, nuestro hogar, nuestra iglesia y nuestra nación. Son nuestro MANUAL DE VIDA.

Dones

Un don es un regalo selectivo (en este caso, hecho por un ser superior), o bien una cualidad o habilidad que nos es concedida. El Espíritu de Dios en sí es un regalo que Dios mismo nos da a todos los creyentes. Viene acompañado de dones espirituales para determinadas personas.

Estas habilidades especiales son dadas para edificar el cuerpo de Cristo (la Iglesia). También se les llama carismas del Espíritu de Dios.

El fruto es carácter y el don es capacidad. El amor, que es un fruto, les da valor a los dones. Lo que, es más, sin amor, los dones son inútiles (*1 Corintios 13*).

Los dones no son para el lucimiento personal, sino para la edificación del cuerpo de Cristo (*1 Corintios 12:7, Efesios 4:12*).

Cada cristiano que recibe un don debe compartirlo con otros (*1 Pedro 4:10*).

Dios es soberano, y reparte los dones como quiere (*1 Corintios 12:11*).

Nadie debe compararse ni desear el don de otro (*1 Corintios 12:15-18*). Todos los miembros del cuerpo son necesarios.

Me impresiona mucho el pasaje donde Jesús maldice a la higuera: *Mateo 21:18-19. 18 Y por la mañana volviendo a la ciudad, tuvo hambre. 19 Y viendo una higuera cerca del camino,*

vino a ella, y no halló nada en ella, sino hojas solamente, y le dijo: Nunca más para siempre nazca de ti fruto. Y luego se secó la higuera. La higuera se veía frondosa, pero al acercarse a ella no tenía fruto.

Una buena analogía de lo que ya mencionamos: el carácter es lo que somos y personalidad es lo que reflejamos.

Qué no decir de *Mateo 7:19: Todo árbol que no lleva buen fruto, córtase y échase en el fuego.*

Debemos cultivar las nueve manifestaciones del fruto del Espíritu en nuestras vidas, si queremos ser candidatos a que Dios nos conceda alguno de los nueve dones de su Espíritu, según *1 Corintios 12:8-10*:⁸ Porque a la verdad, a éste es dada por el Espíritu palabra de sabiduría; a otro, palabra de ciencia según el mismo Espíritu; ⁹ A otro, fe por el mismo Espíritu, y a otro, dones de sanidades por el mismo Espíritu; ¹⁰ A otro, operaciones de milagros, y a otro, profecía; y a otro, discreción de espíritus; y a otro, géneros de lenguas; y a otro, interpretación de lenguas”. Dios reparte estos dones como quiere (*1 Corintios 12:11*).

Todos los dones se reflejan en Cristo. Él es el modelo de sabiduría, sanidad, milagros, fe, discernimiento, y también del fruto. Los dones muestran el poder de Cristo. El fruto, su carácter. Ambos deben estar presentes en nosotros para ser sus testigos fieles.

Reflexión

La vida cristiana no se trata de elegir entre dones o fruto, emociones u obediencia, temperamento o carácter. Se trata de vivir como hijos auténticos de Dios, llenos de su Espíritu, llevando fruto abundante, y siendo canales fieles de sus dones para la edificación de su Iglesia. Vivamos en el Espíritu, andemos en el Espíritu, y reflejemos a Cristo en todo lo que somos y hacemos.

Manifestaciones del fruto del Espíritu de Dios

Estudiemos ahora una a una las nueve manifestaciones del fruto del Espíritu de Dios. El fruto es uno, las manifestaciones o virtudes son nueve.

Referencias

Esa obra está bajo licencia Creative Commons. El texto puede ser compartido libremente citando la fuente.

A menos que se indique lo contrario, todos los versículos usados en este estudio son de la *Biblia* versión Reina-Valera Antigua (RVA), escrita en español de la época. No le sorprenda al lector encontrar palabras que sin cambiar su significado ahora se escriben con variantes. Todo ello en favor de usar la versión más fiel posible, libre de derechos de autor

ⁱ Manual del temperamento por Tim Lahaye, 1984.